

SUBURA

IÑAKI URIARTE

SUBURA
Bastardos de Roma



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: octubre de 2024

© Ignacio Uriarte Arambilet, 2024
© asesor histórico: Ángel Uriarte Arambilet, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6031-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 14673-2024

Impreso en España

DEDICATORIA

Esta novela se escribió por y para mi hermano Ángel.

Es tan suya como mía, pues fue su pasión por la Roma clásica la que me convenció de abandonar el proyecto en que trabajaba y descender al oscuro mundo de la Subura romana para fantasear juntos las diferentes historias que se viven en esta novela.

Fruto de su enciclopédico conocimiento son los dichos en latín que inician los capítulos y tuyas las pinceladas de humor ácido que el lector encontrará en esta historia que pretendimos divertida.

Porque esta fábula nació para entretener tu tiempo, hermano, y disfrutar cada uno de los días que nos regalaste.

FRATER CARISSIME - SIT TIBI TERRA LEVIS -
SIT TIBI UBICUMQUE PAX

Me llamo Cayo.

Al menos, hasta hace unos días –en realidad, no importa cuántos–, ésa era mi verdad. Cayo Licinio Graco, ciudadano romano inscrito en el censo, dueño único de mi vida y mis sentimientos.

Cierto que tenía entonces la bolsa tan vacía como el estómago, pero compensaban esta carencia mis amigos, compañeros de hambre y sueños. El dulce Aulo, delicado como los pinceles de los que pretendía comer, aunque vendiera sin reparos su cuerpo por unas pocas monedas si no encontraba quien apreciara su pintura. Tan opuesto a Bebio, decidido y rudo como los campos de la Campania donde le tocó nacer.

Ellos eran mi familia, la única que conocí desde que mi padre sucumbió a las fiebres de la malaria y la mujer que me trajo al mundo decidió que mejor si me buscaba la vida lejos de ella.

Ahora, todo lo he perdido. Nada me queda.

Solo, en el cuartucho donde a diario luchábamos los tres contra el frío o la asfixiante canícula, me duele recordar.

Pero recuerdo. Todo comenzó a cuatro días de los idus de julio, en el cuarto año del emperador Claudio...

I

Sol omnibus lucet

El sol brilla para todos

12 de julio del año 45 d. C. (798 de la fundación de Roma)

El ave, negra como mal agüero, voló de izquierda a derecha sobre el Quirinal.

Sus ojos de profundo azabache vigilaban el abigarrado mar de tejados extendido bajo sus alas, como prietas e inmóviles olas de terracota sobre las faldas de la colina. Apenas encendidas las primeras luces de la mañana, destacaban a su mirada atenta los edificios más altos y en ellos buscaba algo nutritivo con que iniciar la jornada.

Apreció movimiento sobre una de las casas más elevadas. Nada podía escapar a su escrutinio. Con un giro elegante, descendió para ver si pudiera resultar apetecible. Una piel de animal, perro con toda seguridad, se sacudía sobre las tejas rotas.

Con ser un pájaro inteligente, no alcanzó a comprender lo improbable de encontrar un podenco muerto a más de veinte metros de altura sobre las calles, así que descendió sobre ella con la esperanza de encontrar un jugoso cadáver bajo el maltratado pellejo.

Lo último que podía esperar era que el cuero se alzara cuando estaba a punto de alcanzarlo para dar paso a una muy viva y vociferante cabeza humana cubierta de pelo crespo.

Respondió a los gritos del muchacho con un graznido indignado y se alejó para volar más allá de las murallas.

–¡Joder, Ásino! ¿A qué viene ese grito?

–Era un cuervo, me ha asustado. Quería atacarme.

Cayo Licinio Graco, al que todos llamaban Ásino, por razones que más tarde descubriremos, se llevó la mano al pecho, como si pudiera así tranquilizar las incontroladas palpitaciones de su corazón.

Tenía medio cuerpo en el interior de la buhardilla que compartía con sus amigos. El resto, su asustada cabeza incluida, sobresalía del tejado por el hueco que abrieron entre el cañizo y las tejas al poco de alquilarla.

–Podía haberme sacado los ojos –jadeó.

–Si no quieres dormir, haz el favor de callarte. –Al dueño de la voz somnolienta no le importaban en absoluto las razones por las que lo había despertado de manera tan brusca–. Me has dado un susto de muerte.

–Habla más bajo, Bebio. Aulo llegó tarde ayer.

–Has sido tú el que ha gritado, no yo.

Tras un corto silencio, la voz del amigo concluyó con una risita:

–Habrá ligado esta noche.

–No seas malpensado. Le han encargado un fresco en la taberna donde trabaja Rutilio.

–Me importa una mierda lo que haga y con quien se acueste, siempre y cuando apoquine su parte del alquiler y la comida. –Ahogó un bostezo mal disimulado–. Y ahora, venga, entra de una puta vez y deja de incordiar, que hoy tengo trabajo

Cayo, obediente, volvió al interior. El cuchitril donde dormían los tres muchachos no disponía de otra luz más allá de la poca que pudiera entrar por el hueco que él ocupaba. Cubierto por la piel de aquel pobre perro atropellado, toda la iluminación quedó reducida a un

tembloroso rayo de sol en el que centelleaban mil partículas de polvo.

—Aulo es el que trae más dinero de los tres —le reprochó a Bebio.

—No lo decía por él —contestó el otro.

Apretó los dientes en la penumbra. Llevaba semanas sin ganar un mísero as. Si no fuera por la desinteresada generosidad de Aulo y sus amantes maduros, los tres hubieran muerto de hambre hace tiempo.

—Tú tampoco has traído nada desde hace días —contraatacó.

—Yo, al menos, me he preocupado en conseguir un empleo.

—¿Que has encontrado trabajo? ¿Tú? —se burló Cayo—. ¿De qué?

Bebio bufó mientras envolvía su cuerpo, magro y huesudo, en la vieja capa que le hacía las veces de manta.

—Ostilio Vinicio me dará medio as de bronce por cada ánfora de vino que lleve del puerto hasta su almacén —explicó con indisimulado orgullo—. Así que ahora déjame en paz, que en este cuarto todavía hay ciudadanos dispuestos a ganarse el sustento con su trabajo.

Cayo, que no recibió de su difunto padre otra herencia que las tablillas selladas en el Erario de Saturno, donde constaba su inscripción en el censo como ciudadano romano de pleno derecho, no podía desaprovechar semejante ocasión para menospreciar a su amigo.

—Lo de ciudadano lo dices por mí, ¿no? Porque tú eres un destripaterrones medio bárbaro. Qué más quisieras tú que ser ciudadano romano.

La envenenada referencia al origen servil de su compañero no surtió el efecto que esperaba. Bebio, acostumbrado a las huecas pretensiones de su amigo, se limitó a contestar:

–Vete a la mierda, Ásino. –Fueron sus últimas palabras antes de cubrirse la cabeza con la capucha de la capa y darle la espalda.

Por unos instantes, Cayo estuvo tentado de prolongar la discusión, sólo detuvo su lengua el sincero aprecio que sentía por sus dos compañeros de fatigas. Conocía bien al comerciante de vinos que había contratado a su amigo: un tipo barrigudo y maloliente dispuesto a perder sus ya escasos dientes si a cambio consiguiera algo de plata. Nada bueno podía esperarse de semejante individuo. Haría sudar a su amigo cada as que le entregara, pero cualquier dinero que entrara en la comunidad de desastrados que los tres formaban sería bienvenido. Resignado, ajustó la piel de perro sobre el hueco para luego arropar el cuerpo menudo de Aulo, que respiraba con plácida quietud.

Las endebles paredes de zarzo a duras penas podían soportar un miserable y raquítico anaquel. Sobre la burda tabla reposaban dos escudillas de barro rajado, una lucerna del mismo material hambrienta de aceite y la diminuta estatuilla de plomo que, con un poco de imaginación, podría representar la figura de un joven alado. Frente a ella, cubierta la cabeza por un trapo raído, Cayo desgranó una breve invocación a su genio custodio para que le permitiera cerrar la boca al engreído de Bebio. Agarró luego el tazón más cercano y, con todo el sigilo posible en un tabuco edificado con los materiales más económicos que se podían encontrar en Roma, rodeó los cuerpos de sus amigos hasta alcanzar el saquete que, colgado de un cordel en la viga central, mantenía sus escuálidas provisiones a salvo de ratas y demás alimañas: apenas un par de famélicos puñados de trigo mal molido, los últimos restos de la *annona* mensual, tras deducir la mordida de la guardia urbana y la parte que el propietario del edificio reclamaba por permitirles ocupar la buhardilla. Tuvo cuidado en dejar suficiente para que también sus compañeros de

piso tuvieran qué comer ese día y salió del cuarto, dispuesto a lo que fuera con tal de ganar alguna moneda que demostrara a Bebio la valía innata de un ciudadano romano.

Mientras descendía por los vacilantes escalones que comunicaban la buhardilla con el rellano del séptimo piso, recordaba los mármoles teñidos por la aurora que momentos antes, asomado al tejado, había podido admirar sobre los altos del Quirinal. Las brillantes paredes de unas mansiones tan hermosas como inalcanzables para un miembro del censo por cabezas como él.

«Algún día cenaré en una de ellas», fantaseó. «Comeré lechón asado con miel de Apulia acompañado por vinos de Salerno».

Las escaleras de la ínsula se volvían más estables a medida que descendía. Dejaron de retemblar la madera y el cañizo para dar paso al adobe, y éste, a los ladrillos que lo llevaron a la piedra que soportaba el piso principal y la planta baja. Desde allí alcanzó el umbrío patio interior de acceso al edificio.

—Buenos días, Ásino, hoy has madrugado. —Le hablaba el anciano que vivía en una habitación del sexto piso. Decía haber sido marino, y todos los días se levantaba temprano para dejar pasar el tiempo asomado a los muelles del Tíber. Era un buen tipo que más de una vez ayudó a los muchachos en tiempos de necesidad.

—¿Quieres calentar tu comida? —ofreció—. Yo he traído leña de sobra para los dos.

No dudó Cayo en aceptar y arrimó su ennegrecido cuenco a las brasas del marinero. Apenas comenzaron a hervir sus gachas, el anciano, con un guiño, arrojó unas pocas virutas de tocino rancio sobre ellas. Cayo se lo agradeció con amplia sonrisa

Al poco, los dos engullían despreocupados, uno junto al otro, en los bancos que recorrían las paredes del patio.

Una chimenea del primer piso tosió un par de veces antes de vomitar su columna de humo.

–Parece que el carnicero ya se ha levantado –comentó el marino.

Cayo asintió con la boca llena. Su vecino podía ser un poco pesado a veces, pero lo menos que podía hacer era escuchar sus cotilleos a quien tantas veces los había socorrido.

–Ése no tiene problemas. Me han dicho que está en tratos con un senador, de muy buena familia, para vender su carne a las cohortes urbanas.

Se tocó la nariz con el índice en gesto cómplice antes de continuar con otro tema más interesante.

–Ayer tuvimos lío en la comunidad. ¿Te has enterado?

Cayo negó con la cabeza. Bastante tenía con sus problemas como para preocuparse por los de los demás. El viejo continuó, animado por su silencio.

–El albañil que vive justo debajo de mí se construyó un fogón. ¡Imagínate, a cinco pisos de altura! Te puedes imaginar el lío que se montó en cuanto lo encendió. Yo no dije nada, ya sabes que no soy de chismes –alzó el mentón muy digno–, pero el sastre que vive a su lado y la viuda del fondo pusieron el grito en el cielo. Lo amenazaron con denunciarlo y no dejaron de insultarlo y apremiarlo hasta que lo desmontó. Tan enfadado estaba el tipo que tiró los escombros del horno por la ventana. Por poco no le dieron a Quinto, el verdulero de la esquina, que tiraba de su carrito. –La risa cortó por un momento su charla, aunque no tardó en recuperar el hilo–. La verdad es que hay que ser muy imbécil para encender un fuego en casa.

Cayo volvió a afirmar sin levantar la vista del plato. Sólo los primeros pisos, los construidos en piedra o ladrillo, podían disponer de hornos particulares. Los pisos altos, levantados con madera, mimbres y caña, resultaban demasiado inflamables como para permitir que se hiciera lumbre en ellos.

—No entiendo cómo puede haber tipos que se arriesguen a morir achicharrados sólo por no molestarse en bajar unas pocas escaleras para cocinar. Hay que ser capullo.

«Se ve que tú no vives en la buhardilla», pensó Cayo, mientras se alzaba del banco con una ancha sonrisa dibujada en la boca. «Este invierno me hubiera gustado verte a ti con sólo una teja entre la nieve y tu cama».

Pero, en lugar de decirle lo que pensaba, agradeció al viejo el fuego y el tocino, le deseó que todos los dioses del panteón premiaran su generosidad, y abandonó el patio decidido a conseguir que Bebio se tragara sus palabras.

Tras la arriesgada escalada que suponía volver al desván gatero donde vivían, en lo más alto de un edificio que respondía con preocupantes cimbreos a cualquier movimiento brusco en sus pisos más altos, volvió la escudilla a su estante, rogó una vez más a su genio que lo ayudara a encontrar algún dinero y dejó tras la puerta los suaves sonidos de sus amigos dormidos para salir, como siempre, a buscarse la vida en la capital del mundo.

II

Stat sua cuique dies

A todos les es dado su día

—¿Una guirnalda para la jovencita?

El sol alcanzaba su cénit, y Cayo, parado frente a una de las arcadas del Circo Máximo, sentía sobre sí todo su poder. Se encontraba cerca del templo de Flora, diosa a la que había ofrecido el mirto y el laurel recogidos a primeras horas de la mañana en las faldas del Aventino. Aunque de poco parecían haber servido los rezos. El *pater familias* al que ofrecía sus guirnaldas ni tan siquiera parecía verlo.

—Laurel, en honor a nuestro protector Apolo, el dios del arco y las flechas. Mirto, símbolo de Roma, le traerá el favor de la diosa Fortuna.

El hombre continuó su camino hacia el Circo seguido por su mujer e hijas. Para ellos, Cayo era como un soplo del viento abrasador del mediodía: invisible y molesto.

No perdió el tiempo en insultarlos.

Terminaba la mañana sin haber conseguido un solo as. Nadie quería comprar su tosca artesanía para lucirla en los juegos Apolinales. Miró desolado las hojas marchitas que caían de sus manos. Se avecinaba otro día sin comer, a expensas de lo que Bebio o Aulo llevaran a casa; si esa noche volvían a ella.

Arrojó al suelo las tristes guirnaldas para pisotearlas con rabia. No volvería a casa con las manos vacías, necesita-

ba idear algo con que cerrar la boca a Bebio. Cualquier cosa valdría.

«Lo que sea», se dijo.

Metió la mano en la escarcela que colgaba de su cinturón. El acero de la navaja saludó su mano sudorosa. Los dedos se cerraron sobre ella con una determinación tan fría como el sabor metálico que sentía en la boca.

Observó el río de gentes que entraban y salían del Circo. Pequeñas corrientes humanas se apartaban del cauce principal, el que comunicaba la urbe con las puertas del recinto, para dirigirse a lugares más tranquilos; quizá para buscar refresco en las tabernas cercanas, puede que intimidad para profundizar en las nuevas amistades, relaciones nacidas al calor de las cacerías practicadas en la pista del Circo Máximo.

Pensó en los bosques artificiales que los esclavos habían plantado esa misma noche sobre la arena. No tardarían en arrancarlos para dar paso a las carreras de carros apenas se dulcificara el calor del mediodía, cuando hubieran finalizado su jornada los patricios y los caballos pudieran rendir al máximo. Pero él estaba dispuesto a resolver su problema mucho antes.

Observó una pareja de jóvenes que desaparecía tras el templo de Flora, muy cerca del lugar donde él recogió las hierbas pisoteadas un momento antes. Apretó la mano que sostenía el cuchillo y echó a caminar tras ellos.

Un coro de voces excitadas lo distrajo. Desde el foro Boario —el más importante mercado de ganado y carne del mundo conocido—, un grupo por demás llamativo se acercaba. Una pequeña tropa de acólitos entogados cortejaba a un personaje de rostro tiznado que vestía extravagantes plumas y pieles de animales.

Olvidó su anterior propósito. Los recién llegados hablaban entre sí con voz clara y sonora, a veces distendidos,

acalorados otras, pero sin perder nunca la compostura que debía esperarse en un ciudadano romano de buena familia.

Pasaron a su lado camino del Circo. Ciegos a su presencia, como si él no existiera. Continuaban su conversación sin ningún reparo, tan cerca que pudo escuchar su charla con total claridad.

—Son muchos los dioses que luchan entre sí por dominar el mundo —decía el personaje emplumado—. Algunos son dignos y justos, como los que ocupan los templos de nuestra ciudad; de ellos depende que continúe el cielo su ciclo sobre nuestras cabezas y discurra el agua por donde ha de hacerlo. Otros, en cambio, provenientes de pueblos bárbaros o de las entrañas mismas de la tierra, de las tumbas olvidadas y del negro inframundo, pretenden el caos. Se alimentan con la fuerza vital de los vivos, rompen el precario equilibrio que la divina Diana defiende. Son demonios que sólo quieren el mal para los hombres, pues se alimentan de su dolor y de su miedo.

Los oyentes sorbían sus palabras como si fuera el mismísimo Júpiter quien las pronunciara.

—¿Y qué podemos hacer nosotros para luchar contra ellos? —El joven que preguntaba apenas parecía tener la edad necesaria para usar la toga viril que vestía, y cargaba suficiente oro en los dedos de las manos como para alimentar a Cayo y a sus amigos durante una década. A su lado, un patricio entrado en años, enjuto y de ojos calmos, apoyaba displicente su mano sobre el hombro del muchacho y lo escuchaba con ojos tiernos.

El mago se giró hacia el chico con gesto condescendiente.

—Mi dulce Antestio, cumple las obligaciones para con tus antepasados, con tu padre y con tu protector; haz sacrificios a los dioses en sus días y asesórate de los sabios para

realizar los rituales que calmen a los démones y lemures que habitan bajo tu lecho.

Cayo pudo ver cómo se demudaba el rostro del joven al escuchar que tan ominosas entidades lo acechaban en su propia casa.

–No debes preocuparte –lo tranquilizó el estrafalario personaje–. Esta noche, derrama en todos los rincones de tu habitación los aceites que te he dado. Si al acostarte recitas los ensalmos que te he escrito, no tendrás que preocuparte por ellos en una buena temporada. Volverán a su mundo de nieblas y pesadillas sin poder hacerte ningún daño.

Eso pareció tranquilizar al joven, momento que aprovechó el patricio que lo acompañaba para preguntar:

–Dinos, sabio Zaclas, ¿nos ayudarás esta tarde en las carreras?

El tal Zaclas se detuvo a unos pocos pasos de Cayo.

–Sabía, estimado Paconio, que me harías esa pregunta. Mucho has tardado.

El hombre al que había llamado Paconio enrojeció hasta alcanzar el color de la grana.

–Y bien sabes cuál será mi respuesta.

El otro asistió con la mirada baja. Zaclas reanudó su pausado caminar.

–Bien podría influir en los resultados de cualquier juego. –Retó con la mirada altiva a cuantos lo rodeaban–. Más de uno entre vosotros me ha visto hacerlo: intervenir en los azares para que se cumplieran mis deseos. Pero siempre por causas justas de fuerza mayor. De sobra sabéis que practicar la magia negra y la hechicería está proscrito por nuestro amado emperador. Para que ganen los tuyos, estimado Paconio, habría de dañar a quienes se les enfrentan, y, aunque es cosa que podría hacer sin mucho esfuerzo –se pavoneó–, soy fiel a las leyes romanas. Bien sabes tú que tan buena amistad tienes con el poderoso Narciso, que

es la muerte el castigo determinado para quien practique la nigromancia o cualquier otro rito destinado a causar el mal de un ciudadano.

Su caminar, aunque pausado, los alejaba de Cayo. No alcanzó a escuchar más, tampoco lo necesitaba. Una idea crecía dentro de su cabeza, más luminosa y atractiva a cada segundo que pasaba.

Los juegos comenzaban cada día con la debida pompa circense: el desfile del magistrado, sacerdotes, bailarines y participantes, seguido por un sacrificio ritual en honor al emperador. Una aparatosa parafernalia con el objetivo de conseguir el beneplácito de los dioses, sin olvidarse de exhibir ante la plebe —y los miles de forasteros que llegaban a la urbe para ver los juegos— el poderío y esplendor de Roma. Luego, las cacerías, acrobacias, alardes y danzas, que al caer la tarde daban paso a las carreras de carros, el acontecimiento más esperado. El único que podía reunir en el interior del Circo Máximo a más de doscientas mil almas enervorecidas, dispuestas a todo por la victoria de su equipo.

Y a Cayo se le había ocurrido un plan magnífico para sacar provecho de ello.

Salió a la carrera de vuelta a la Subura. Abandonó las amplias avenidas enlosadas para recorrer travesías mal pavimentadas, que lo llevaron a otras más estrechas de tierra, desde las que accedió a las calles angostas donde se repartían con ecuánime imparcialidad malezas, basura y excrementos. También dejó atrás éstas, para llegar a un laberinto de callejas oscuras, donde los comercios y talleres apenas permitían el paso a los valientes que se atrevían a recorrerlas. Alcanzó un callejón lóbrego y sucio, más que ninguno de cuantos había cruzado, el lugar donde a nadie con sentido común se le ocurriría internarse. Al final de aquel pasadizo sin salida, se mantenía en precario equilibrio la ínsula en la que Cayo sobrevivía.

Subió las escaleras a la carrera, sin hacer caso de las protestas de los vecinos, y para cuando alcanzó la séptima planta no quedaba ni un soplo de aire en sus pulmones. Sólo tras muchos jadeos y unas cuantas bascas, consiguió recuperar el aliento necesario para alcanzar la buhardilla. Estaba vacía. Bebió se habría marchado a cumplir en su nuevo trabajo y Aulo... No pudo evitar sonreír al pensar en su amigo artista. ¿Quién podría adivinar el motivo que lo hizo levantarse tan temprano?

Sin perder la sonrisa, rebuscó entre los trapos amontonados bajo el banco –el único mueble de la estancia– hasta encontrar lo que buscaba: un raído saquete de tela con cuatro astrágalos en su interior. Juguetes de cuando era niño que, ahora que visitaba tabernas y bebía vino, servían para apostar con los amigos algunas monedas, cuando las había, o briznas de hierba si éstas faltaban. Los sacó de la bolsa. Estaban bastante deslucidos, pero aún se apreciaban con nitidez los colores con que estaban pintados: rojo, blanco, verde y azul, un color en cada una de sus caras. Su sonrisa se hizo más amplia. Confiaba en ellos para llevar a buen término su idea. Sin perder su expresión ilusionada, los guardó en la bolsa donde escondía su navaja. Luego, tras un breve instante de vacilación, se hizo con el pellejo del tejado antes de cerrar tras de sí la puerta que aislaba su refugio del mundo.

El descenso fue más cauto que la subida, al menos las primeras plantas. Bajar de dos en dos aquellos escalones traicioneros más de una vez le había costado una dolorosa caída; además de varios pescozones de los vecinos, a los que parecía no agrandar el estruendo de tres jovenzuelos que hacía temblar el suelo y desprendían con sus carreras trozos del yeso de las paredes.

El patio estaba vacío y el horno apagado. Rebuscó en su interior hasta conseguir un buen puñado de grasa rancia

ennegrecida, acumulada en sus profundidades por el humo de mil fuegos. Más que satisfecho con el resultado obtenido, volvió, esta vez con paso más calmo, al mismo lugar donde se cruzó con el extravagante mago y sus crédulos acompañantes. Se alegró al comprobar que nadie había mostrado el menor interés por las coronas pisoteadas; serían el complemento perfecto para el personaje que tenía imaginado.

Acucillado en el suelo, trató de formar con los restos una solemne diadema vegetal. Tras varios intentos fallidos por mantenerla sobre la cabeza, se conformó con reconvertirla en una especie de collera que reposó sobre sus escuálidos hombros. Se pintó luego el rostro con el tizne recogido en la ínsula y cubrió el conjunto con la piel del perro atropellado, caídas sobre sus propias orejas las lacias y roídas del difunto animal.

Tan pronto vistió el maltratado pellejo, un extraño sortilegio lo rescató del anonimato. Se volvió visible para la gente. Cuantos pasaban a su lado lo miraban con una mezcla de reparo y curiosidad. Algunos con evidente aprensión, otros con interesada curiosidad.

Soltó una carcajada.

Había llegado su momento.

III

Audaces Fortuna iuvat

La Fortuna sonríe a los audaces

Por no provocar envidias en la deidad a quien primero ofreció las plantas que ahora lucía bajo la piel de perro, se alejó del templo de Flora para dirigirse al de Ceres, frente a la Puerta Pompae, la más cercana al Foro, donde se encontraban los establos provisionales de las cuatro facciones –azul, roja, verde y blanca– que competían en torno a la *spina* central del Circo Máximo. All , recostado en el pie de una columna, dibuj  en el suelo una serie de líneas y círculos que, a su entender, se semejaban lo suficiente a los signos cabalísticos que suponía debían emplear los magos. Expuso a su izquierda los astrágalos y, acuclillado frente a ellos, clam  con la voz más grave que pudo impostar:

–Asistid, incrédulos, a los grandes poderes de...

Dud  por un instante mientras buscaba un nombre que sonara lo suficientemente exótico para el personaje que tenía imaginado.

–... el Negro Memnón.

Frunci  los labios, satisfecho por la sonoridad conseguida.

En algún lugar tenía escuchado ese nombre de Memnón, quizás en la taberna donde trabajaba Rutilio. No tenía

idea de quién o qué podía ser, quizá ni tan siquiera fuera un nombre. No tenía la menor importancia. Sonaba bien y resultaba, por demás, sugestivo y extranjero.

–El Negro Memnón resolverá vuestras dudas con el arte de los huesos. Os mostrará vuestro futuro y cómo mejorar el presente –recitó animado.

Todos lo miraban, aunque ninguno parecía mostrar mayor interés en aflojar su bolsa por una tirada de tabas. A pleno sol, no tardó en descubrir su error a la hora de elegir la fachada del templo. La sombra estaba al otro lado y el calor bajo el pellejo resultaba insostenible. No tardó el sudor en trazar surcos sobre el tizne de su cara, lo que hizo aún más inquietante, si eso fuera posible, su imagen.

La muchedumbre que se acercaba al Circo Máximo para el inicio de las carreras aumentaba a cada instante. Pensaba en cambiar de posición cuando, entre el mar de cabezas en movimiento, distinguió el brillo metálico de unos cascos militares. Se acercaban dos legionarios de las cohortes urbanas. Se encogió sobre sí mismo y, sin perderlos de vista, rezó a su genio protector que lo salvara.

Uno de los soldados lo vio. Con un retorcimiento en el estómago se dio cuenta de que se lo señalaba a su compañero. Por fortuna, los guardias no tenían el menor interés en él, sólo el mínimo imprescindible para reírse de su estafalario aspecto y continuar su camino al Circo.

Le costó recobrar el control de sus pulsaciones. El susto le había hecho olvidar la razón por la que se encontraba allí. Se lo recordó el implacable calor de aquella tarde de julio. Sin agua para refrescarse, por un momento estuvo tentado de abandonar su impostura para volver al umbrío frescor de la Subura, pero el recuerdo de los reproches de Bebio lo contuvo bajo el sol.

Alzó la cabeza, dispuesto a engatusar al primer incauto que atendiera a las insensateces que había ideado.

–Ilustre patricio –ofreció a un joven que caminaba contra la corriente general–, contén tus pasos. El Negro Memnón puede mostrarte tu futuro.

El muchacho se detuvo un instante y lo miró con ojos furiosos.

–Lo que suceda en mi futuro será cosa mía, de nadie más, ¿me entiendes, bastardo? Ni tú ni ningún agorero falaz podréis decirme los pasos que debo dar –chilló con voz aguda y gesto enfurruñado.

Mantenia los puños crispados y fruncía los labios en un mohín de disgusto. Por un instante, Cayo pensó que podía pretender golpearle, pero el chico, tras un gesto de desprecio, desapareció en dirección al Foro llevado por las mismas largas zancadas que lo habían traído.

Quien carecía de fuerza bruta en la Subura debía poseer otras cualidades si pretendía sobrevivir. Cayo tenía buena memoria para las caras y nombres, a la que habría que añadir una sorprendente agilidad mental. Tras sorprenderse por la inesperada reacción, reconoció al joven que esa mañana seguía como un cachorrito al mago Zaclas.

«El muchachito del senador. ¿Cómo se llamaba?», se preguntó. «Antestio, eso es». Jamás olvidaba un rostro que hubiera visto dos veces. En el mundo violento en que se veía obligado a moverse, más de una vez le había salvado el pellejo esa facultad. Satisfecho de haberlo reconocido, volvió de nuevo a su papel.

Un matrimonio con sus cinco hijos se detuvieron para mirarlo desde una distancia prudencial.

–Las tabas os mostrarán vuestro futuro. Los huesos del Negro Memnón hablarán para vosotros.

Aplicó esta vez un sofisticado trémolo a su voz, lo que le permitió lograr un ataque de tos bastante aceptable.

La matrona huyó de él como si estuviera apestado, y el resto de la familia se apresuró a seguir sus pasos. In-

tentaba Cayo recuperar el aliento cuando vio acercarse otro rostro conocido. El senador que por la mañana cortejaba a Antestio también abandonaba el Circo, pero con una expresión muy diferente. Así como el primero se mostraba enfadado, éste resultaba la imagen misma de la desolación: los ojos llorosos y la boca a punto de romperse en llanto.

Cuando el hombre alcanzó la posición donde esperaba acucillado, un relámpago cruzó la mente de Cayo, que rompió a hablar sin tener tiempo para pensarlo.

—Ilustre Paconio, ¿qué te preocupa?

Sus palabras detuvieron en seco al patricio. Mudado el gesto, observó el bulto informe y desgarbado que era Cayo recostado de mala manera contra el templo de Ceres. No respondió a la pregunta. Tras unos pocos segundos de sorprendida indecisión, preguntó:

—¿Quién eres tú y de qué me conoces?

El timbre de la voz y las líneas de su boca habían borrado de su rostro toda muestra de debilidad. Reflejaban ahora una sólida entereza. Tan sólo los ojos, aún enrojecidos, descubrían rastros de su anterior aflicción.

La confianza que sentía hacía sólo unos instantes vaciló ante la serena dignidad de aquel hombre. Cayo trató de reponerse y respondió con voz impostada.

—El Negro Memnón lo sabe todo.

No impresionó lo más mínimo a su interlocutor.

—Te he preguntado de qué conoces mi nombre. Responde de inmediato si no quieres que te entregue a las autoridades.

Cayo, bregado en mil peleas callejeras, observó divertido al anciano que lo amenazaba. Rondaría los sesenta, pelo escaso y delgado; pocas posibilidades tenía de retenerlo por la fuerza. Decidió ignorar sus amenazas para continuar con su representación.

–Que no te importe cómo ha llegado el Negro Memnón a saber tu nombre, sino en qué puede ayudarte.

Había decidido renunciar al trémolo y le resultaba agotador mantener la impostación de la voz, así que esta vez la engoló todo lo que pudo, en lo que, a su entender, era una magnífica imitación del tono pomposo que empleaba el mago Zaclas.

El senador apretó los labios y volvió la cabeza sobre el hombro para buscar en silencio a sus espaldas. Cayo seguía con su plan.

–Igual que conozco tu nombre, digno Paconio, también sé de tus penas y te aviso, mi señor, que hay razón para ellas. Tienes que olvidarte del cagón de Antestio y buscar otro joven que tenga el seso que a ése le falta.

Al oír ese nombre, el senador alzó la mano abierta.

Su gesto detuvo de inmediato al hombre que se acercaba a ellos por la derecha. Sólo entonces se dio cuenta Cayo de su presencia. El tipo vestía una túnica vulgar, ni muy vieja ni demasiado nueva, cinturón ancho y muñequeras de cuero en ambos brazos. Sus sandalias ferradas indicaban un posible pasado militar, lo que hacía aún más inquietante su inopinada aparición. Tras las murallas de Roma estaban prohibidas las armas, sólo las cohortes urbanas y los pretorianos podían portarlas. Pero una túnica lo suficientemente amplia –y la de aquel individuo lo era– bien podía ocultar entre sus pliegues un cuchillo de considerables proporciones. El ojo experto de Cayo le hizo apreciar la conveniencia del estratégico corte que, en su costado izquierdo, podría dar cómodo acceso a la empuñadura de un arma escondida.

Sintió que se le secaba la boca, y no debido al sol. Era un estúpido. Debía haber supuesto que un tipo importante como parecía ser aquel maldito Paconio no deambularía por la ciudad sin protección.

–Sólo te lo preguntaré una vez más: ¿de qué conoces mi nombre familiar y qué sabes de mi relación con Antestio? ¿Cómo sabes tanto?

El guardaespaldas del senador estaba demasiado cercano como para pretender huir. Se giró hacia el senador.

–*Dominus* –decidió emplear el término con que los esclavos llamaban a su propietario y señor–, sólo soy un pobre adivino con buen oído y mejor memoria.

Humilló la cabeza hasta casi tocar el suelo con la frente.

–Esta mañana os vi pasar a los dos en compañía de mi colega, el mago Zaclas.

El gesto del patricio mudó de la inquietud al enfado.

–¿Conoces a Zaclas? ¿Fue él quien te habló de mí y de Antestio?

Al notar el cambio en el tono de su patrón, el guardaespaldas avanzó un paso.

–No, mi señor –se apresuró a responder Cayo–. Sólo oí vuestros nombres por casualidad, cuando pasasteis a mi lado camino del Circo.

–¿Nos cruzamos? Imposible, me acordaría de ti.

–Entonces no llevaba esta ropa. –Alzó la maltratada piel con que se cubría el pelo sudado.

El senador parecía dispuesto a creerle, aunque todavía albergaba algunas dudas que no estaba dispuesto a dejar sin respuesta.

–¿Por qué razón nombraste a Antestio?

A Cayo le costaba hablar, daría media vida por un trago de agua. El mundo se limitaba al calor que lo envolvía y a las amenazadoras *caligae* del matón con sus terribles clavos de hierro. La razón le aconsejaba decir toda la verdad, pero la necesidad de ganarse unas monedas lo convenció para intentar seguir con su farsa.

–Los ritos de Tesalia que sabe el sabio Memnón...

El patricio interrumpió su verborrea.

–Déjate de estupideces. Responde a mi pregunta, o será Ulpio quien te lo pregunte la próxima vez. –El esbirro del senador avanzó hasta ponerse a su altura–. Y te aseguro que él no será tan educado como yo.

–Perdóneme, *dominus* –suplicó–. Os vi esta mañana y me asombró que un patricio como vos, con la dignidad y autoridad que mostráis, se preocupe por un jovencito que no tiene ninguna de las virtudes que se suponen en un ciudadano romano.

Su orgullosa condición de ciudadano hacía que Cayo Licinio Graco, más conocido como Ásino, supiera de memoria todos los valores que se estimaban imprescindibles en quienes gozaban de semejante privilegio.

También Paconio los conocía. Asintió con la cabeza.

–Resulta evidente que la diosa Veritas puede a veces cubrir su desnudez con una miserable piel de perro. –Hizo un gesto a Ulpio, que desapareció tan silenciosamente como había llegado–. ¿Dices que con sólo vernos una vez has sido capaz de reconocernos y recordar nuestros nombres?

–Así es, *dominus* –respondió Cayo sin atreverse a mirarlo.

–No parece que sepas de oráculos, aunque resultas espabilado. Tal vez me puedas ser útil en otro momento. ¿Dónde vives?

–En la Subura, *dominus*.

–La Subura es demasiado extensa. Si quisiera localizarte, ¿dónde podría encontrarte? No me mientas –le advirtió.

–En la taberna de Vistila.

–¿La de Vistila? Sí, sé dónde está.

Cayo no pudo menos que alzar la cabeza, asombrado de que un patricio conociera semejante antro.

–¿Y por quién tendría que preguntar? –continuaba con su interrogatorio el patricio.

La sorpresa le impidió mentir.

—Por Ásino.

—¿Ásino? —Hizo un gesto divertido—. Algún día me tendrás que contar por qué te llaman así.

Ásino, el asno garañón, así lo llamaban cuantos lo conocían. Cayo sintió que su rostro enrojecía bajo su grosero maquillaje. Calló y mantuvo la mirada en el senador, que hurgaba en su bolsa sin prestarle demasiada atención. Parecía divertido.

—Bien, Ásino, ¿qué me aconseja entonces el Negro Memnón que haga?

El sordo tintineo de las monedas en el saco no había pasado inadvertido para Cayo. Recuperó de inmediato su impostura, repuso la piel sobre su cabeza y recogió los astrágalos con la mano izquierda.

—Olvide a quien no le conviene.

—Eso es fácil decirlo —respondió el patricio con tristeza en la voz y dos sestercios en la mano.

—Para olvidar una afición, no hay nada mejor que otra más fuerte, *dominus*. Vuelva al Circo y apueste a las carreras, no tardarán en comenzar.

El rugido con que doscientas mil gargantas saludaban en el Circo Máximo a sus campeones certificaba la afirmación de Cayo. El senador inclinó la cabeza como si dudara. Sólo tardó unos instantes en asentir, al tiempo que permitía a su boca curvarse en una triste sonrisa.

—Puede que tengas razón, Ásino. —Arrojó las monedas a un lado de los astrágalos que Cayo tenía ante sí—. Para ti, te las has ganado.

El joven agarró los sestercios con la mano derecha al tiempo que con la izquierda tiraba al aire las tabas con la elegancia que da la práctica.

—No solicito predicciones, Negro Memnón —se burló Paconio—, soy de los verdes.

Pero no se apartó mientras observaba el girar del último de los huesos.

Cayo fijó su mirada en los ojos de su interlocutor. Los cuatro astrágalos mostraban al cielo su cara azul.

—El supremo Apolo ha hablado, usted verá si lo escucha o no —dijo.

Un instante después, el ilustre senador Paconio Valerio Nepio desaparecía en el interior del Circo. En el momento mismo que un ensordecedor bramido indicaba la salida de los carros a la arena en la primera competición del día.